

Miércoles de Ceniza  
Misa en el comienzo del año lectivo  
de la Facultad de Teología U.C.A.  
2014

*«Rompe tus pecados con obras de justicia,  
y tus iniquidades con misericordia para con los pobres,  
para que tu ventura sea larga» (Dn4,24).*

Una vez más, con toda la Iglesia peregrina, emprendemos el camino interior de la Cuaresma. La liturgia nos hace sentir el insistente llamado maternal a la conversión personal y comunitaria: «Desgarren su corazón y no sus vestiduras, y vuelvan al Señor, porque él es bondadoso y compasivo, lento para la ira y rico en amor»(Jl 2,13; cfr. Sal 102). Del mismo modo, se dirige el lenguaje persuasivo y paternal de San Pablo a los corintios: «Les suplicamos en nombre de Cristo, déjense reconciliar con Dios» (2 Cor 5,20).

Este modo de exhortar nos hace caer en la cuenta de que en algún momento, por humana debilidad, pecados y miserias, nos hemos apartado de su amor, pero lo más importante es que –para renovar su alianza–, Dios nos abre todos los años el «tiempo de su misericordia» y, una vez más, nos hace sentir la cercanía de la encarnación de su Verbo amado, porque «Él nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, que nos dio en su Hijo muy querido» (Ef 1,5-6).

Así, la Cuaresma se torna una nueva posibilidad de recuperar la herencia filial perdida, la que se vuelve a tener con decir de corazón: «¡Ten piedad, Señor, porque hemos pecado!»(antífona del Salmo 50). Y como la Iglesia ama a sus hijos, actualiza sacramentalmente la redención y abre la fuente de la misericordia, para que podamos gozar de la intimidad y amistad divinas. La misericordia no es solo un atributo divino, sino también el principio hermenéutico que debe iluminar y regir todo el estudio de la teología (Cardenal Walter Kasper).

Comenzamos así este tiempo favorable con un día de ayuno; tiempo de penitencia y purificación, caridad y oración, para poder decir con el salmista: «Señor, devuélveme la alegría de tu salvación» (Salmo 50,14). En el Evangelio de Mateo, el mismo Señor se encarga de advertirnos con qué espíritu debemos agradar a Dios, que tiene ojos para ver en lo secreto las acciones de los hombres y no se queda con las apariencias, porque «se fija en el humilde y de lejos conoce al soberbio» (Salmo 137). Extender la mano para ayudar y aliviar las miserias de los hermanos, orar para pedir, interceder y agradecer, así como ayunar y hacer penitencia, se elevan como el incienso cuando lo hacemos al modo y estilo que enseñó Jesús: conocido solo por «tu Padre que está en lo secreto» (Mt 6,18). La sobriedad y discreción de este texto nos pone en el camino de una piedad auténtica, interior, lejos de toda ostentación externa. Nos pone ante la presencia de Dios y dirige nuestra mirada a los hermanos.

El papa Francisco nos ha regalado una reflexión que nos puede ayudar a vivir profundamente esta cuaresma: «¡El Señor nos invita a anunciar con gozo este mensaje de misericordia y de esperanza! Es hermoso experimentar la alegría de extender esta buena nueva, de compartir el tesoro que se nos ha confiado, para consolar los corazones afligidos y dar esperanza a tantos hermanos y hermanas sumidos en el vacío. Se trata de seguir e imitar a Jesús, que fue en busca de los pobres y los pecadores como el pastor con la oveja perdida, y lo hizo lleno de amor. Unidos a Él, podemos abrir con valentía nuevos caminos de evangelización y promoción humana. Queridos hermanos y hermanas, que este tiempo de Cuaresma encuentre a toda la Iglesia dispuesta y solícita a la hora de testimoniar a cuantos viven en la miseria material, moral y espiritual el mensaje evangélico, que se resume en el anuncio del amor del Padre misericordioso, listo para abrazar en Cristo a cada persona. Podremos hacerlo en la medida en que nos conformemos a Cristo, que se hizo pobre y nos enriqueció con su pobreza. La Cuaresma es un tiempo adecuado para despojarse; y nos hará bien preguntarnos de qué podemos privarnos a fin de ayudar y enriquecer a otros con nuestra pobreza. No olvidemos que la verdadera pobreza duele: no sería válido un despojo sin esta dimensión penitencial. Desconfío de la limosna que no cuesta y no duele» (Carta de Cuaresma 2014).

En este clima cuaresmal, hoy comenzamos también un nuevo año lectivo en la Facultad de Teología de la U.C.A. La comunidad educativa se dispone a recibir a laicos, seminaristas y consagrados, dispuestos a guardar en la memoria, la inteligencia y el corazón las verdades de nuestra fe. El misterio pascual de Cristo ocupa el centro de las verdades bíblicas, históricas, filosóficas y teológicas que enseñamos y recibimos; todo se ordena a Él, como a su obligado punto de referencia.

Que en este tiempo de estudio, serio y paciente, no se inquieten tanto en terminar un curso o alcanzar un título académico, cuanto en asimilar virtuosamente lo que con tanta gratuidad nos ofrece la ciencia teológica. Que la alegría de estudiar las páginas de la sabiduría bimilenaria de la Iglesia y de progresar en los misterios insondables de su amor salvífico, les permita crecer en amor a Dios, a Cristo y a su Iglesia; aumentar la pasión por la evangelización y el entusiasmo por sumarse incondicionalmente al estado de misión que nos anima hoy. A propósito del conocimiento teológico, cabe aquí recordar una página de la Encíclica *Lumen fidei*: «Los grandes doctores y teólogos medievales han indicado que la teología, como ciencia de la fe, es una participación en el conocimiento que Dios tiene de sí mismo. La teología, por tanto, no es solamente palabra sobre Dios, sino ante todo acogida y búsqueda de una inteligencia más profunda de esa palabra que Dios nos dirige, palabra que Dios pronuncia sobre sí mismo, porque es un diálogo eterno de comunión, y admite al hombre dentro de este diálogo. Así pues, la humildad que se deja “tocar” por Dios forma parte de la teología, reconoce sus límites ante el misterio y se lanza a explorar, con la disciplina propia de la razón, las insondables riquezas de este misterio» (LF 36). A los alumnos, les digo: déjense tocar por las cosas de Dios, y si el misterio los desborda, hagan como la Virgen, «que guardaba estas cosas en su corazón».

El camino de conversión cuaresmal nos ofrece la posibilidad de recuperar la dignidad que nos dio el bautismo. Precisamente, el estudio de la patrística nos permite espigar una página selecta para nuestra espiritualidad; así recuerdo a San Gregorio Nacianceno, llamado el Teólogo, que en unas de sus «Oraciones teológicas» nos enseña que «Dios, por el perdón de nuestros pecados, infunde en las almas tanta belleza y armonía, que la misma creación primera tiene envidia de las criaturas redimidas».

Les deseo de corazón una Cuaresma penitente y caritativa, renovadora y llena de esperanza misionera para todas las diócesis de donde provienen.

✠ Mario Aurelio Cardenal Poli